

Es preciso asumir el hecho de que el desarrollo autónomo de las culturas indígenas se cortó en el siglo XVI y es vano especular sobre lo que pudo haber sido, y un anacronismo promover hoy una polémica sobre un crimen cometido hace cuatro siglos, además de distraer de las injusticias que sufre el indio de hoy. Centrar el problema del indio en la identidad cultural que implicaría la lucha contra la llamada transculturación o aculturación, es caer en la vieja creencia de que las razas puras son superiores a las mezcladas. Gobineau y Hitler pensaban lo mismo, la ciencia moderna sostiene lo contrario. Pretender que las razas indígenas se mantengan incontaminadas y considerar la mezcla como un mal es ubicarse del lado de los racistas. De hecho, los mestizos han mostrado una participación más activa y una mayor creatividad que los indios puros. La Malinche o Doña Marina, la amante de Cortés, estigmatizada por los indigenistas como traidora a su raza, estaba señalando el camino de la fusión de las culturas. La posible asimilación queda aprobada con el caso de muchas familias patricias argentinas como los Mallea de San Juan, los Jufré de Mendoza, los Aguirre de Buenos Aires —de quien desciende Victoria Ocampo—, que llevan sangre indígena. Los mestizos Luis de Tejeda y Garcilaso de la Vega no hubieran llegado a ser los escritores que fueron en los siglos XVI y XVII de no haber sido asimilados y recibido educación europea. No ha habido en el siglo XX escritores indios superiores a los mestizos Rubén Darío, Mariátegui o Arguedas.

Plantear el problema indígena como un caso de «nacionalidades oprimidas» o «razas irredentas» es disimular la pertenencia del indio antes que a una raza a una clase social: proletariado rural, subproletariado de los suburbios, clase residual de economías precapitalistas. La desigualdad económica y social que sufre el indio compete a la política y nada tiene que ver con la filosofía racial, la antropología cultural o el folclore. Los indios necesitan técnicas avanzadas para cultivar la tierra, educación, condiciones sanitarias, integración en la economía moderna. Los indigenistas no se preocupan de estas necesidades que consideran superficiales cuando no distracciones de los problemas esenciales que para ellos son la reivindicación de la posesión de la tierra y la libertad de trabajarla a la manera tradicional, sin interferencias de ningún orden extraindígena. Esto equivale, por ejemplo, a que la mejor manera de luchar contra la sequía no sea la adquisición de una bomba hidráulica sino los rituales con sacrificios de animales. La dictadura militar populista de Velasco Alvarado repartió tierras entre los indios, no logrando sino una disminución drástica en la producción de alimentos. Esta utopía reaccionaria obstaculiza el desarrollo económico, una producción agraria eficiente sólo es alcanzable con la introducción de una tecnología moderna y nuevas formas de organización del trabajo que provocan inevitablemente la destrucción de cualquier tipo de comuna indígena primitiva. Ya desde los primeros tiempos de la independencia se planteaban estos problemas. Benito Juárez es un paradigma de la cuestión indígena como problema económico y social y no racial. Su condición de indio no le impidió llegar a la presidencia de México, al mismo tiempo que dictaba leyes regulando la venta de tierras comunales que contradecían las tradi-

ciones indígenas. Todo intento de modernización del agro va en contra del tradicionalismo indígena; en Bolivia o en Perú las reformas agrarias que tienen como objetivo, tanto la pequeña propiedad como las cooperativas, no hacen sino acelerar el proceso de desintegración de la comuna indígena.

No sólo los indigenistas sino también las izquierdas populistas y los antropólogos culturalistas, siguiendo la moda actual de idealizar las etapas más atrasadas de la evolución histórica, alaban las comunidades indígenas como si fueran sociedades estables, ordenadas, de fusión armoniosa, olvidando la rivalidad entre distintos grupos, el autoritarismo de los jefes, la opresión de los jóvenes por los adultos, de la mujer india por el varón indio, el abandono y a veces el asesinato de los ancianos. Un lúcido antropólogo como Oscar Lewis llega a conclusiones bastante pesimistas sobre las comunidades indígenas sobrevivientes. Sus investigaciones revelan:

La desorganización social, agudas brechas entre los clanes, una difundida pobreza (...). También demuestra la existencia de muchas de las características de la cultura de uniones de pobreza consensual, el abandono de la mujer y los hijos, el trabajo infantil, el adulterio y un sentimiento de alienación²².

La integración del indígena es difícil pero posible, lenta pero irresistible, y la llamada identidad cultural va cediendo ante los beneficios de la vida moderna. Los viejos indios de los aylus peruanos se quejan del cambio de costumbres de los indios jóvenes, especialmente de los que vuelven de la costa. Los indios de las nuevas generaciones declaran que los viejos hablan un lenguaje que ellos ya no entienden²³. En una investigación realizada en los años sesenta en una de las comunidades más aisladas, la de los indios mapuches de la isla de Huapi en el lago Budi, del departamento de Nueva Imperial de Chile, se comprobaba que el traje femenino tradicional iba siendo cambiado por ropa actual, medias, pañuelos, pullóveres, zapatos. El mapuche abandona la antigua *ruca* que se transforma en cocina para vivir en casas con techos de zinc, desaparecen el *guillatun* y otras fiestas religiosas, la ayuda medicinal de los *machis* que resulta cara es sustituida por la presencia de médicos y de puestos de primeros auxilios con atención gratuita. Los jóvenes mapuches que adquieren algún conocimiento emigran a las ciudades. Esta misma tendencia se da en todas las minorías indígenas de Latinoamérica. Entre los tobas del Chaco argentino las bicicletas y las radios se han convertido en artículos de consumo de primera necesidad. Resulta bastante significativo ver en el libro de Elmer Miller sobre los tobas, la fotografía de dos caciques con pullóveres de cuello alto y anteojos negros. La comunidad o la familia extensa, propia del tiempo de la caza y la agricultura, va dejando paso a la familia nuclear donde el padre y no ya el jefe de la tribu es el responsable, y la familia nuclear es a la vez una etapa para el surgimiento del individuo independiente de la comunidad. Aparte de algunas artesanías que nadie cuestiona, hay poco que rescatar de la vida y costumbres de las comunidades indígenas tradicionales.

Tratar al indio como grupo étnico cultural y religioso aparte del resto de la sociedad implica aislarlo más aún, ya que en todos los partidos políticos y en los sindica-

²² Oscar Lewis: Pedro Martínez, un campesino mexicano y su familia, Joaquín Mortiz, México, 1966.

²³Véase Gregorio Rodríguez, Luis Sandoval y A. Lipschütz: «Cambios estructurales en la vida social de los mapuches». El Mercurio, Santiago de Chile, 13 de febrero de 1969, citado por Alejandro Lipschütz: Marx y Lenin en América Latina y los problemas indigenistas. La Habana, Casa de las Américas, 1974.

tos aceptan a los indios en sus condiciones de campesinos o de proletarios pero no en su condición de indios. Los indios tradicionalistas, por su parte, recelan de los partidos y sindicatos clásicos, y tienden a organizarse en *movimientos* a la manera populista o fascista.

El regreso del Tahuantisuyo sólo es concebible en una concepción cíclica de la historia inherente a la mitología indígena con sus mitos del eterno retorno, la edad de oro y la vuelta a la unidad perdida de los orígenes. El indigenista, y más aún el indianista, viven en el tiempo del mito y no de la historia, donde los acontecimientos son irreversibles y hay que hacerse cargo del hecho ineluctable de la desaparición de las civilizaciones precolombinas y asumir que la mayoría de los americanos actuales, incluidos muchos indigenistas, no existirían de no haberse producido la conquista y colonización europeas.

Sería mejor que no se llamara indios a los indios, proponía el filósofo hispanomexicano Eduardo Nicol. Ni siquiera debe hablarse ya de autóctonos o aborígenes, ya que esto implica que los americanos de ascendencia europea que constituyen la inmensa mayoría, no son sino extranjeros, intrusos, invasores, usurpadores. El concepto de raza y autoctonía es nocivo, no sólo cuando lo usan los racistas blancos contra los indios y los negros, sino también cuando lo emplean los defensores, generalmente blancos, de los indios y los negros para reivindicar en las razas llamadas de color cualidades distintivas o una vocación mesiánica o un hondo racismo bajo el disfraz del antirracismo.

Juan José Sebreli